

CAPÍTULO IV

TRES HETERODOXOS ESPAÑOLES EN LA FRANCIA REVOLUCIONARIA.—OTROS HETERODOXOS EXTRAVAGANTES, Ó QUE NO HAN ENCONTRADO FÁCIL CABIDA EN LA CLASIFICACION ANTERIOR

I. El teósofo Martínez Pascual. Su *Tratado de la reintegración de los séres*. La secta llamada de los *Martinezistas*.—II. El *theophilántropo* Andrés María Santa Cruz. Su *Culto de la humanidad*.—III. El abate Marchena. Sus primeros escritos: su traducción de *Lucrecio*. Sus aventuras en Francia. Vida literaria y política de Marchena hasta su muerte.—IV. Noticia de algunos *alumbrados*: la Beata Clara, la Beata Dolores, la Beata Isabel, de Villar del Águila.—V. El cura de Esco.

I.—EL TEÓSOFO MARTINEZ PASCUAL.—SU «TRATADO DE LA REINTEGRACION DE LOS SÉRES».—LA SECTA LLAMADA DE LOS «MARTINEZISTAS».



NO SERÁN peregrinos para quien quiera que haya estudiado con atención el movimiento filosófico de las primeras décadas de este siglo, y la especie de reacción antisensualista que en Francia se produjo, para venir á engendrar de una parte el espiritualismo ecléctico, y de otra el tradicionalismo católico, el nombre y los escritos del teósofo Cláudio de Saint Martín, comunmente llamado *el filósofo desconocido*, en cuyos escritos, de nebuloso y aéreo misticismo, se hallan los gérmenes de ciertas ideas sobre la revolución francesa y su ley providencial, sobre la culpa y la expiación, y sobre los sacrificios, que poco despues fueron desarrolladas con elocuencia de fuego y difundidas de gente en gente por el régio espíritu de José De Maistre.

La celebridad de Saint Martín vive, aún más que en sus oscuros libros, en los estudios que han dedicado á rehabilitar su memoria críticos tan elegantes é ingeniosos como Caro y Sainte-Beuve, y sobre todo en los extensos libros que primero Matter, el historiador del Gnosticismo, y luego Franck, el expositor de la Cábala, han dedicado á su doctrina, á los precedentes de ella, á sus maestros y á sus discípulos ¹.

Saint Martín era algo más y algo ménos que pensador y filósofo. No era cristiano, ó lo era á su modo, y no afiliado en secta conocida, pero era místico, y con ser místico heterodoxo, no llegaba á pantheista, y se quedaba en el deísmo de su tiempo. La lectura de los libros del zapatero alemán del siglo XVI, Jacobo Boehme, le hizo teósofo, pero tampoco se paró en la teosofía, sino que llegó á la teurgia, pretendiendo comunicaciones inmediatas y directas con los séres sobrenaturales, y luces y revelaciones extraordinarias.

En vano se quiere extirpar del humano espíritu la raíz de lo maravilloso: ¿quién la arrancará de cuajo? derechas ó torcidas sus ramas, buscan siempre el cielo. Cuando la demolición escéptica deja vacía de fé y de consuelos un alma, refúgiase ésta, si no es totalmente ruda, grosera y apegada á la materia, en cierto misticismo vago, en nieblas espiritualistas, y con más frecuencia aún, en las ciencias ocultas y en las artes mágicas y vedadas. Cuando el aquejado de tan grave dolencia de incredulidad es todo un siglo, brotan en él, como por encanto, los pseudo-profetas, los fingidores de milagros, los prestidigitadores científicos, los magnetizadores y nigromantes, los evocadores de espíritus, los aventureros de longevidad portentosa, los intérpretes de las escondidas y misteriosas propiedades de piedras y plantas, los fisionomistas dotados del poder de la adivinación, los trasmutadores de metales, los inventores de panaceas.... toda la turba-multa de personajes estrafalarios y grotescos, ora-soñadores é ilusos, ora truhanes y busca-vidas, que iluminaron con tan extraña luz los últimos años del siglo XVIII. Cagliostro, Casanova, Lavater, Swedenborg, Saint-Germain, los *Filaletas*, Mesmer y otros innumerables, de cuyas influencias no se libertó la juventud de Goethe.

¹ *Saint Martin, le philosophe inconnu, sa vie et ses écrits, son maître Martínez et leurs groupes, d'après des documents inédits, par M. Matter, conseiller honoraire de l'Université de France, ancien Inspecteur général des Bibliothèques publiques, etc. Paris, Librairie Academique, Didier et Compagnie..... 1862, 4.^o*

La Philosophie mystique en France á la fin du XVIII siècle. Saint Martin et son maître Martínez Pascual, par Ad. Franck, membre de l'Institut, professeur au college de France. Paris, Germer Baillière, 1866. (De la Bibliothèque de Philosophie Contemporaine.)

Saint Martín procedía de estos singulares conciliábulos, santuarios místicos ó lógicas, cuya red se extendía por toda Europa; pero su alma generosa, cándida é inclinada al bien, fué apartándole poco á poco de aquellas tenebrosidades, y llevándole á los espacios serenos de la pura filosofía, que llegó á entrever en sus últimos libros, donde la tendencia cristiana y providencialista es manifiesta. Pero antes de llegar á este término, el futuro autor del *Ministerio del Hombre-Espíritu*, el que deshizo y trituró, en su controversia con Garat, la doctrina condillaquista de la influencia de los signos en la abstracción, el precursor de De Maistre en las *Consideraciones filosóficas y religiosas sobre la revolución francesa*, había pasado por muchas y extraordinarias aventuras intelectuales, sometiéndose dócilmente al yugo de pietistas, reveladores y hierofantes muy inferiores á él, ora antiguos y olvidados como Jacobo Boehme, ora contemporáneos suyos, como Martínez Pascual, á quien todos convienen en tener por su maestro. Saint Martín, militar jóven, incrédulo ya á consecuencia de sus lecturas de Voltaire y Diderot, pero naturalmente inclinado á creer, ya fuese en Dios ó en el demonio, y por decirlo así, hambriento de lo maravilloso, se hallaba de guarnición en Burdeos, cuando vários oficiales amigos suyos le ofrecieron iniciarle en una lógica ó conventículo, dirigida por un judaizante español, de quien se contaban maravillas. Y Saint Martín se dejó llevar dócil á la escuela de los *martinezistas*.

El singular personaje que gobernaba aquella caverna debía ser, á no dudarlo, hombre de extraordinaria potencia intelectual y de fuerza de voluntad no menor, cual se requerían para fanatizar hasta el delirio á sus numerosos adeptos. Á diferencia para fanatizar hasta el delirio á sus numerosos adeptos. Á diferencia de otros taumaturgos, era desinteresado, lo cual contribuía á alejar toda sospecha, y á acrecentar su crédito. Su biografía permanece envuelta en nieblas: unos le llaman español, otros portugués; para nosotros todo es uno, y además nadie fija el lugar de su nacimiento. El *Tratado de la reintegración de los seres* denuncia escaso conocimiento de la lengua francesa, y está atestado de frases bárbaras, que lo mismo pueden ser *castellanismos* que *lusismos*. Era de familia judía, pero había recibido el bautismo, como todos los de su ralea que andaban por España; luego emigró, y dejó de ser cristiano, pero no para volver al judaísmo, sino para crear una especie de secta, mezcla informe de cábala y tradiciones rabínicas, de gnosticismo y teosofía, de magnetismo animal y de espiritismo; complicado todo con el aparato funéreo y *mistagógico* de las sociedades secretas.

Para juzgar de esta doctrina tenemos dos fuentes diversas: primero, la obra capital del mismo Martínez, intitulada *Tratado de la reintegración de los seres en sus primeras propiedades, virtudes y potencias espirituales y divinas*; segunda, los libros y tradiciones de sus discípulos, que reproducen la enseñanza de Martínez, más ó ménos adulterada en puntos sustanciales.

El *Tratado de la reintegración* nunca se ha impreso entero, y quizá no llegue á imprimirse nunca, porque su forma es bárbara é indigesta, su lectura cansadísima. Las copias manuscritas son muy raras, y Matter declara no conocer más que dos: una, que él poseía en Francia, y otra en la Suiza francesa. De la copia de Matter se valió Franck para reproducir las veintiseis primeras hojas (ó introducción) del manuscrito ¹, que bastan, juntamente con el análisis de Matter, para dar idea del plan y contenido de la obra, que como se verá, es cábala pura.

«Desde la eternidad (dice Martínez Pascual) emanó Dios seres espirituales para su propia gloria, en su inmensidad divina. Estos seres estaban obligados á un culto, que la Divinidad les había prescrito con leyes, preceptos y mandamientos eternos. Eran libres y distintos del Criador, y tenían propiedades ó virtudes espirituales y personales. Antes de su emanación existían en el pensamiento de la Divinidad, pero sin distinción de acción, pensamiento ó entendimiento particular, porque en Dios hay innata una fuente irrestañable de seres, que Él *emana* cuando place á su libre voluntad. Los primeros espíritus que emanaron del seno de la Divinidad, se distinguían entre sí por sus virtudes, su poder y su nombre; ocupaban la inmensa circunferencia divina, llamada vulgarmente *dominación*, y con nombre más misterioso, *círculo denario*. Estos cuatro primeros principios espirituales atesoraban una parte de la dominación divina, un poder superior, mayor, inferior y menor (en esta gradación: 18, 10, 8, 4), por el cual conocían todo lo que podía existir en los seres espirituales, que no habían emanado aún del seno de la Divinidad. Esta virtud innata en ellos la conservaron después de su prevaricación y caída, porque es de saber que su pecado consistió en que, habiendo nacido para obrar como causas segundas, quisieron *prevenir, condenar y limitar* el pensamiento divino en sus operaciones de creación, así pasadas como presentes y futuras, ó ser ellos mismos creadores de causas *terceras y cuartas*. Hé aquí la raíz de mal espiritual, y por eso los ta-

¹ Vid., pág. 203 y siguientes de su libro sobre Saint Martín.

les séres fueron desterrados á lugares de sujecion, privacion y miseria impura, contraria á su naturaleza inmaterial.

»¿Y cuáles fueron esos lugares? El universo físico que Dios creó expresamente para que los espíritus perversos ejercitasen su malicia. El hombre fué *emanado y emancipado* mucho más tarde, pero con virtudes y poderes iguales á los que tenían los primeros espíritus. El hombre primitivo era espíritu puro, y con esta forma gloriosa operaba sobre todas las formas corpóreas activas y pasivas, generales y particulares. Adam, en su primer estado de gloria, venia á ser el émulo del Creador, y leia como en libro abierto los pensamientos y operaciones divinas, y mandaba en todo sér activo y pasivo de los que habitan la corteza terrestre y su centro, hasta el centro celeste llamado *cielo de Saturno*. Gozaba de extraordinarias potencias tamátúrgicas, pero la soberbia le perdió, instigándole los ángeles malos á *operar, en calidad de sér libre, ya sobre la Divinidad, ya sobre toda la creacion*; en suma, á reformarla y hacer obra nueva.

»Á tal tentacion, Adam se sintió extraordinariamente sobrecogido, y cayó en éxtasis *espiritual animal*, del cual se aprovechó el espíritu maligno para insinuarle su poder demoniaco, en oposicion á la ciencia divina que el Creador le habia enseñado, para someter todos los séres inferiores á él. Adam, apenas despertó, repitió las palabras y el ceremonial que habian usado los ángeles malos en su tentativa de creacion. Colocado Adam (á quien simbólicamente se llama *el menor*) en *la tierra levantada sobre todo sentido*, se dejó seducir por las voces de los espíritus, que en coros le decian: «Adam, tienes innato el verbo de creacion en todos géneros; eres poseedor de todos los valores, pesos y medidas, ¿por qué no operas con el poder de creacion divina que hay en tí?» Adam, lleno de orgullo, trazó seis círculos, á semejanza de los del Criador, es decir, operó seis actos de pensamientos espirituales, *ejecutó físicamente y en presencia del espíritu seductor su criminal operacion*; pero, ¡cuál seria su sorpresa, cuando en vez de la forma gloriosa que esperaba, se encontró con una forma tenebrosa, material, pasiva, opuesta á la suya y sujeta á privacion y corrupcion! No era realmente la suya, sino una semejante á la que debía recibir despues de su prevaricacion. Así degradó su propia forma *impasiva*, de la cual hubieran emanado formas gloriosas como la suya, una posteridad de Dios sin límites ni fin, porque las dos voluntades de creacion hubieran sido una en dos sustancias. Dios, en castigo de tan criminal operacion, cambió la forma de Adam en una forma de materia impura, semejante á la que él habia fraguado, y le

arrojó á la tierra como los demás animales. Entonces Adam conoció su crimen, se humilló, y dirigió al *Señor de los espíritus buenos y malos, Dios fuerte del Sábado*, una plegaria cuyo texto nos dá al pié de la letra el autor, ni más ni ménos que si la hubiera oido.

Hasta aquí llega la parte impresa del tratado, faltando por consiguiente el principio de la *reintegracion ó palíngenesia*, que consistirá, como en todos los sistemas gnósticos, en la vuelta de los *eones* á la sustancia divina de donde emanaron. Puede conjeturarse que como medios para acelerar esta *reintegracion*, que no era del hombre sólo sino de todas las criaturas, y hasta del demonio, aconsejaba Martínez Pascual la purificacion moral, y ciertas prácticas teúrgicas.

Cójase ahora cualquiera exposicion del *Zohar*; recuérdese lo que en otras partes de esta *Historia* queda dicho de los *sephiroi*, y del *Adam-Kadmon* de los cabalistas, y se verá con poco trabajo cuál era el fondo de las especulaciones teológicas ó teosóficas de Martínez, en que hasta la forma es oriental, y anacrónica en el siglo XVIII; no de filósofo que razona, sino de *vidente* inspirado que revela á los mortales lo que descubrió en los divinos arcanos, y cuenta con extraña sencillez las conversaciones de los ángeles. Como falta la segunda parte de su tratado en los dos manuscritos que se conocen, no puede sacarse en claro lo que pensaba de la divinidad de Cristo, y á decir verdad, sólo dos puntos capitales de su doctrina se conocen bien: la teoría de la emanacion y la del pecado original.

Para todo lo demás, es preciso acudir á sus discípulos, pero con algun escrúpulo y parsimonia, porque no todos le entendieron, y otros hicieron con él lo que Platon con Sócrates, poniendo en cabeza suya mil imaginaciones propias, aún más extrañas que la de la *reintegracion*.

Los trabajos de iniciacion de Martínez traian larga fecha: habian comenzado en 1754, extendiéndose con más ó ménos resultado á París, Burdeos y Lyon. Pero entre tantos afiliados ninguno llegó á poseer todo el secreto de la enseñanza *esotérica*. Al mismo Saint Martin no le hizo las *comunicaciones supremas*. Tampoco adelantaron mucho más el abate Fournié, el conde de Haute-rive, la marquesa de Lacroix, ni el mismo Cazotte. Á cada uno comunicó solamente Martínez aquella parte de la doctrina que convenia á su disposicion y alcance.

El abate Fournié era un visionario ignorante, que queria conciliar el Catolicismo con la teúrgia. Refugiado en Lóndres durante la revolucion, publicó allí en 1801 su apocalipsis con el extraño título de *Lo*

que hemos sido, lo que somos y lo que seremos, especie de parodia del tratado de *La Reintegracion*, lleno, como éste, de pormenores cabalísticos y de extrañas teorías pneumatológicas sobre los ángeles, y lo que es más singular, empapado en las ideas cristológicas de Miguel Serveet y de los más antiguos unitarios, con un sabor panteista muy acentuado, de que por el contrario Saint Martin está inmune.

Hé aquí cómo explica Fournié la reintegración: «Y conforme recibamos el Espíritu de Dios, que insensiblemente se nos comunica, y lleguemos al conocimiento perfecto de su esencia, nos haremos uno como Dios es uno, y seremos confundidos en la unidad eterna de Dios Padre, Hijo y Espíritu Eterno, y anegados en el piélago de las celestiales y eternas delicias».

Pero lo curioso para nosotros en el libro del abate Fournié, no es esta especie de aniquilación ó *niravana* indostánico, sino los datos que nos comunica sobre los procedimientos de iniciación que en su lógica usaba Martinez. «Después de haber pasado mi juventud (escribe su discípulo) de una manera tranquila y oscura, según el mundo, quiso Dios inspirarme ardiente deseo de que fuese realidad la vida futura, y cuanto yo oía decir de Dios, de Jesucristo y de los Apóstoles. Unos diez y ocho meses pasé en la agitación que me causaban estos deseos, hasta que Dios me otorgó la merced de encontrar á un hombre que me dijo familiarmente: «Venid á verme: somos hombres de bien. Abriéis un libro, mirareis la primera hoja, leyendo sólo algunas palabras por el centro y por el fin, y sabreis todo lo que el libro contiene. Mirad cuánta gente pasa por la calle: pues bien, ninguno de ellos sabe por qué camina, pero vos lo sabreis». Este hombre que me hablaba de un modo tan extraordinario se llamaba *Don Martinets de Pasquallys* (sic). Al principio creí que era un hechicero, ó el mismo diablo en persona, pero á esta primera idea sucedió luego otra. «Si este hombre (me dije interiormente) es el diablo, es prueba de que realmente existe Dios, y como yo no deseo más que llegar á Dios, iré caminando siempre hácia él, aunque el diablo crea llevarme hácia sí». Pensando esto, fuí á casa de Martinez, y me admitió en el número de los que le seguían. Sus instrucciones diarias eran que pensásemos siempre en Dios, que creciésemos en virtudes y que trabajásemos para el bien general.... Muchas veces nos dejaba suspensos y dudando si era verdad ó falsedad lo que veíamos, si era el bueno ó malo, si era ángel de luz ó demonio.... De tiempo en tiempo recibía yo algunas luces y rayos de inteligencia, pero todo se me desaparecía como un relámpago. Otras ve-

ces, aunque raras, llegué á tener visiones, y creía yo que M. de Pasquallys tenía algun secreto para hacer pasar estas visiones por delante de mí y para que todas, á los pocos días, se realizasen».

Con el tiempo, el abate Fournié acabó de perder el seso, y tuvo apariciones, entre ellas la de su propio maestro, ya difunto. «Un día que estaba arrodillado en mi cuarto pidiendo á Dios que me socorriese, oí de pronto (serían como las diez de la noche) la voz de Martinez, mi director, que había muerto corporalmente hacia más de dos años, y que hablaba con toda distinción fuera de mi cuarto, cuya puerta estaba cerrada, así como las ventanas. Miro del lado del jardín, de donde procedía la voz, y veo con mis ojos corporales, delante de mí, á M. de Pasquallys, y con él á mi padre y á mi madre, que estaban asimismo corporalmente muertos. ¡Dios sabe qué noche tan terrible pasó! Entre otras cosas, sentí mi alma herida por una mano, que traspasó mi cuerpo, dejándome una impresión de dolor que lengua humana no puede expresar, y que me pareció dolor no del tiempo, sino de la eternidad.... Veinticinco años han pasado; pero aquel golpe fué tan terrible, que daría de buen grado todo el universo, todos sus placeres y su gloria, por no volver á ser herido de aquella manera. Digo que ví en mi cuarto á M. de Pasquallys con mi padre y mi madre, y que me hablaron y les hablé, como los hombres hablan ordinariamente entre sí. También se me apareció una de mis hermanas, que estaba corporalmente muerta hacia veinte años, y en fin, otro sér, que no pertenece al género humano. Poco después ví pasar distintamente, ante mí y cerca de mí, á nuestro Divino Maestro Jesucristo, clavado en el árbol de la Cruz».

Prosigue refiriendo otras visiones, en que no interviene Martinez, y añade con acento de inquebrantable convicción: «Todo esto lo ví por mis ojos corporales, hace más de veinticinco años, mucho ántes que se supiera en Francia que existía Swedemburg, ni se conociese el magnetismo animal». Fournié se considera como un *medium*, y dá su libro por transcripción literal de sus inspiraciones. Vivía en continuo consorcio con los espíritus: «No sólo los he visto una vez, sino años enteros y constantemente, yendo y viniendo con ellos, en casa y fuera de ella, de día y de noche, solo y acompañado, hablándonos mutuamente y como los hombres se hablan entre sí».

De la marquesa de Lacroix, discípula predilecta de Martinez en París, cuenta Saint Martin que tenía manifestaciones sensibles, es decir, que veía y oía á los espíritus, interrumpiendo á veces la conversacion que sostenía con las gentes que llenaban sus salones, para dirigirse

á los séres invisibles que se aparecían de repente á los ojos de su extraviada fantasía.

En Lyon habia fundado Martinez la lógia de la Beneficencia, de la cual era alma el conde de Hauterive, con quien Saint Martin trabajó en las ciencias ocultas por los años de 1774, 1775 y 1776, sin que se sepa á punto fijo lo que consiguieron, porque la fraseología de los *martinezistas* es tan oscura, que nos deja á media miel cuando mayores cosas anuncia. Pero debían de ser ejercicios estupendos, puesto que querían llegar nada ménos que «al conocimiento físico de la causa activa é inteligente», es decir, á la vision ó intuición directa y sensible del Hijo de Dios. Dijose que el conde de Hauterive tenia, como Hermótimo de Claromene, la facultad de abandonar el cuerpo cuando queria, pero Saint Martin redondamente lo niega.

De todos los discípulos de Martinez, él y Cazotte (célebre por su profecía supuesta de la revolucion francesa) eran los que ménos se avenían con el aparato y la maquinaria taumátúrgica que usaba el español para las iniciaciones. «¿Cómo, maestro, son necesarias todas estas cosas para ver á Dios?» le preguntó un día, y Martinez contestó sin dejar su tono de inspirado: «Es preciso contentarnos con lo que tenemos», es decir, enterdernos con las potencias inferiores, á falta de comunicacion directa con la causa suma. Saint Martin nos refiere que en la escuela de Martinez *las comunicaciones sensibles y físicas eran numerosas y frecuentes*, y que en ellas se comprendían todos los signos indicativos del Reparador, esto es (si la interpretacion de Franck no parece errada), Cristo crucificado, Cristo resucitado, Cristo en gloria y majestad. Pero esto era sólo para los principiantes (entre quienes se contaba Saint Martin), porque otros llegaban á la grande obra interior, habiendo hombre que durante los equinocios, y mediante una especie de descomposicion, veia su propio cuerpo sin movimiento, como separado de su alma.


Como Martinez Pascual pasó su vida en trabajos subterráneos, apenas quedan datos positivos de él, no obstante su extraordinaria influencia, ni es fácil siquiera determinar las fechas. Saint Martin debió conocerle y ponerse bajo su direccion entre los años de 1766 y 1771. Consta que en 1779 murió Martinez en Puerto-Príncipe de Santo Domingo.

Pero no murió con él la secta: lo que hizo fué dividirse. De ella nacieron otras dos, la de los *Grandes Profesos* y la de los *Philalelas*. Estos últimos, cuyo centro residia en Versailles, buscaban la piedra filosofal, por lo cual Saint Martin se apartó de ellos con enojo, te-

niéndolos por gente grosera, codiciosa é iniciada sólo en la parte formal de la teúrgia. Deben de ser los mismos que José De Maistre llama *los cohen*, y que formaban una gerarquía especial y superior entre los *iluminados*. En Alemania se propagó extraordinariamente una rama de los *martinezistas*, con el nombre de *Escuela del Norte*, y en ella se alistaron personajes de cuenta como el príncipe de Hesse, el conde de Bernstorff, la condesa de Reventlow.... Poco despues Swedeborg oscureció y destronó á Martinez Pascual, y su nombre y la tradicion de su enseñanza se perdieron en la turbia corriente del sonambulismo y del espiritismo moderno. Hay, con todo, una diferencia radical entre los espiritistas y Martinez Pascual: los unos limitan por lo general sus invocaciones á las almas de los muertos, al paso que Martinez, *dotado de virtudes más activas*, ofrecia por término de su enseñanza la *intuicion sensible de Dios*. *Yo tambien he tenido algo de lo físico*, decia Saint Martin, y la frase es digna de registrarse, porque Saint Martin era un espíritu elegante y delicado, nacido para el idealismo. Necesaria era toda la espantosa anarquía y desorganizacion intelectual del siglo XVIII, en que el materialismo habia borrado todos los linderos del mundo inmaterial y del terrestre, sin calmar por eso la ardiente é innata aspiracion á lo suprasensible que hierve en el fondo del alma humana, para que un dogmatismo como el de Martinez Pascual, parodia inepta del Antiguo y Nuevo Testamento, mezclada con los sueños de vieja de los antiguos rabinos, y con escamoteos y prestidigitaciones de charlatan de callejuela, lograra ese dominio y esa resonancia, y arrastrase detrás de sí tan claros entendimientos como el del autor de *L'homme de désir*, en quien habia muchas de las cualidades nativas de un egrégio filósofo cristiano ¹.

¹ Las demás noticias que Matter y Franck dan en sus libros se refieren á Saint Martin y no á Martinez. Los castellanisimos apellidos de éste han sido alterados de mil maneras por los franceses: *Don Martinet, Martinez Pasquati*.

II.—EL THEOPHILÁNTROPO ANDRÉS MARÍA SANTA CRUZ.—SU «CULTO DE LA HUMANIDAD»

UANDO cejó un tanto el furor ateo de los primeros tiempos revolucionarios, y cayó desprestigiado por su mismo exceso de ferocidad el culto de la diosa Razon, comenzó á notarse cierta reaccion espiritualista y deista, que tomó al principio las formas más grotescas. Declaróse oficialmente la existencia del *Sér Supremo*, y Robespierre organizó fiestas, himnos y procesiones en honor suyo. Los convencionales habian determinado perdonar la vida al *Sér Supremo*, visto que un pueblo no podia vivir sin religion. El inventar una cortada á su talle y medida, é imponerla por ley con su correspondiente y revolucionaria sancion penal, les parecia cosa ha-cedera y sencillísima. Además, muchos de ellos no eran ateos, sino deistas ó algo más, y juraban sobre la *Confesion del vicario saboyano*, que les servia de Evangelio.

Tales cultos duraron ménos que sus mismos autores. El de Robespierre cayó con él en 9 de Thermidor. Pero no fué bastante este fracaso para impedir nuevas tentativas de este género, entre las cuales logró cierta nombradía, en tiempo del Directorio, la secta de los *theophilántropos*.

Atribúyese su fundacion al director La Revellière Lepeaux, pero él lo niega rotundamente en sus *Memorias*¹: «No tomé ninguna parte en la institucion del culto de los *theophilántropos*, que creó Valentin Haüy, hermano del célebre mineralogista é inventor de procedimientos de educacion para los ciegos. Se habia asociado con otros ciudadanos que yo tampoco conocia».

Estos ciudadanos vinieron á buscar á La Revellière, que desde luego les prometió su apoyo oficial, aunque ni él ni su mujer quisieron nunca asistir á las ceremonias teofilantrópicas, y sólo una vez consintieron que su hija fuese. El Directorio dió órdenes al ministro de policia, Sotin, para que protegiese á los fundadores de la nueva institucion y les suministrase los módicos recursos que exigia un

¹ Estas *Memorias*, aunque impresas desde 1873, no han circulado todavía. Puede verse un extracto de ellas en el número de la *Revue Historique*, correspondiente á los meses de Mayo y Junio de 1879.

culto tan sencillo y poco dispendioso, como que se reducía á recomendar, en interminables pláticas, el amor á Dios y á los hombres, la fraternidad universal y la ley de la naturaleza, el *panfilismo* y las virtudes filosóficas á lo Sócrates, á lo Epiceteto ó á lo Marco Aurelio. Mucha túnica blanca, mucho coro de niños y de doncellas, mucha reminiscencia de las candideces del *Telemaco*, mucho discurso soporífero, nada de misterios, teologías ni símbolos.

El Gobierno protegió mucho aquel culto flamante, que traia la pretension de extinguir los odios religiosos y hermanar á los mortales con vínculo de amor indisoluble. Se imprimieron y repartieron con profusion catecismos y manuales, que juntos forman hoy una coleccion bastante rara; se publicó para uso de los afiliados una pequeña biblioteca de moralistas antiguos, desde Zoroastro y Confucio hasta los estóicos; se recomendó á los padres de familia que enviasen sus hijos á aquellos templos y escuelas de la *humanidad*, que habian de educar una generacion más fuerte y viril que la de Esparta; y dieron al nuevo culto el apoyo de su nombre algunos literatos de fama, entre ellos el ingenioso y delicado autor de *Pablo y Virginia*, Bernardino de Saint-Pierre, que fué toda su vida fervoroso idólatra de la *naturaleza*, aunque debió á reminiscencias y dejos del sentimiento cristiano la mejor parte de su gloria.

Figuraba en primera línea entre los *theophilántropos* un español, llamado Andrés María Santa Cruz, de quien restan muy pocas y oscuras noticias¹. Natural de Guadalajara, y sujeto de no vulgar instruccion, lo estrafalarío de su carácter y sus ideas le habian tenido casi siempre en la miseria, que él arrastró por todas las capitales de Europa. Un príncipe alemán le encontró en Tours, y compadecido de su desastroso estado, le hizo ayo de sus hijos. Al tiempo de estallar la revolucion francesa se hallaba en Lóndres; y entusiasmado con los principios cuyo triunfo alboreaba, abandonó á sus discípulos, y á fines de 1790 estaba ya en París, trabajando por su cuenta en la *emancipacion universal* y perorando en las sociedades patrióticas. Entonces se hizo amigo de La Revellière Lepeaux, cuyos peligros, fugas y ocultaciones compartió, despues de la prision de los girondinos y en la época del Terror.

Fuera de ésto, Santa Cruz parece haber sido personaje muy oscuro é ignorado, y ninguno de los historiadores de la revolucion francesa le menciona. Quizá con las *Memorias* de La Revellière Le-

¹ Están contenidas en unos artículos que el Sr. D. Salvador Bermúdez de Castro publicó en *El Iris*, periódico que salia á luz en 1841.

peaux, que sólo conocemos en extracto (puesto que, impresas en 1873, aún no han pasado al dominio público, y duermen en un subterráneo de Angers), puedan ampliarse ó corregirse algo estas noticias. En los trozos publicados, el famoso revolucionario guarda alto silencio acerca del pobre Santa Cruz.

Poco medró éste con el advenimiento de sus amigos al poder, pero se consoló arrojándose en cuerpo y alma en la secta de los *theophilántropos*, de la cual fué uno de los primeros sacerdotes, y cuyos dogmas expuso en un folleto intitulado *Le culte de l'humanité*, que se imprimió en París el año V de la república. Dicen los que le han visto que es una especie de código de la tolerancia, en que se enaltece pomposamente la moral, y se afirma la existencia de Dios, y la caridad universal, sin otro dogma ninguno. Todos mis esfuerzos para haber á las manos este opúsculo han sido infructuosos hasta ahora. En vano recorrí las bibliotecas de París, y escribí á vários eruditos de allá. Como Bermudez de Castro, único biógrafo que asegura haber leído el *Culto de la humanidad*, dá las señas tan imperfectamente, ha sido imposible hallarle. Quizá se publicó anónimo ó pseudónimo: quizá habrá perecido, como tantos otros cuadernos de pocas páginas. La pérdida no es muy de sentir, porque los diez ó doce libritos que he visto de los teofilántropos son el colmo de la insulsez soñolienta. Con todo eso, yo me alegraría de añadir á mi colección, á título de curiosidad bibliográfica, un ejemplar del *Culto de la humanidad*.

A pesar de la protección oficial, la *teofilantropía* no llegó á madurez y murió en flor. Sólo en París y en algunos departamentos del Norte logró secuaces; ni uno solo en el Mediodía. El público los silbó, y al poco tiempo nadie se acordaba de ellos. Santa Cruz, más desalentado y más miserable cada día, pero republicano siempre y aborrecedor del régimen bonapartista, determinó volver á España, donde nadie se acordaba de él, y acabar en paz sus trabajosos días. Cubierto de harapos llegó á una posada de Búrgos, en 1803, y allí le asaltó agudísima fiebre, de la cual á pocos días murió, sin haber querido descubrir su nombre á persona alguna. Abierta su maleta, parecieron muchos papeles y vários ejemplares del *Culto de la humanidad*.

III.—EL ABATE MARCHENA.—SUS PRIMEROS ESCRITOS: SU TRADUCCION DE LUCRECIO.—SUS AVENTURAS EN FRANCIA.—VIDA LITERARIA Y POLÍTICA DE MARCHENA HASTA SU MUERTE.



OMO propagador de la sofistería del siglo pasado en España; como representante de las tendencias políticas y antireligiosas de aquella edad en su mayor grado de exaltación; como único heredero, en medio de la monotonía ceremoniosa del siglo XVIII, del espíritu temerario, indisciplinado y de aventura que lanzó á los españoles de otras edades á la conquista del mundo intelectual y á la del mundo físico; como ejemplo lastimoso de talentos malogrados y de condiciones geniales potentísimas, aunque el viento de la época las hizo sólo eficaces para el mal, merece el abate Marchena que su biografía se escriba con la posible claridad y distinción, juntando los datos esparcidos y añadiendo bastantes cosas nuevas, que resultan de los papeles suyos que poseemos ¹.

D. José Marchena Ruiz de Cueto, generalmente conocido por el *abate Marchena*, nació en Utrera el 18 de Noviembre de 1768. Sus padres eran labradores, de mediana fortuna.

Comenzó en Sevilla los estudios eclesiásticos; pero sin pasar de las Órdenes menores; aprendió maravillosamente la lengua latina, y luego se dedicó al francés, leyendo la mayor parte de los libros impíos que en tan gran número abortó aquel siglo, y que circulaban en gran copia entre los estudiantes de la metrópoli andaluza, aún entre los teólogos. Quién le inició en tales misterios, no se sabe: sólo consta que antes de cumplir veinte años hacia ya profesión de materialista é incrédulo, y era escándalo de la Universidad. No eran mejores que él casi todos sus discípulos, los poetas de la flamante *escuela sevillana*, pero disimulaban mejor y se avenían fácilmente con las exterioridades del régimen tradicional, mientras que Marchena, ardiente é impetuoso, impaciente de toda traba, aborrecedor de los términos medios y de las restricciones mentales, indócil á todo yugo,

¹ Han escrito biografías, curiosas pero muy incompletas, de Marchena, el presbítero don Gaspar Bono Serrano en su *Miscelánea religiosa, política y literaria* (Madrid, Aguado, 1870, pág. 308), y M. Antoine de Labour en *Le Correspondant* (25 de Febrero de 1867). Véanse además los importantísimos datos reunidos por D. Leopoldo Augusto de Cueto en los tomos I y III de su bella colección de *Poetas líricos del siglo XVIII*.

proclamaba en alta voz lo que sentía, con toda la imprevisión y abandono de sus pocos años y con todo el ardor y vehemencia de su condición inquieta y mal regida. Decidan otros cuál es más funesta: la impiedad mansa, hipócrita y cautelosa, ó la antojadiza y desembozada: yo sólo diré que siento mucha menos antipatía por Marchena, revolucionario y jacobino, que por aquellos doctos clérigos sevillanos, afrancesados primero, luego fautores del *despotismo ilustrado*, y á la postre moralistas utilitarios, sin patria y sin ley, educadores de dos ó tres generaciones doctrinarias.

El primer escrito de Marchena fué una carta *contra el celibato eclesiástico*, dirigida á un profesor suyo que habia calificado sus máximas de *perversas y opuestas al espíritu del Evangelio*. Marchena quiere defenderse y pasar todavía por católico, pero con la defensa empeora su causa. El Sr. Cueto ha tenido á la vista el original de esta carta entre los papeles de Forner, y dice de ella «que es obra de un mozo inexperto y desalumbrado, que no ve más razones que las que halagan sus instintos y sus errores,» y que en ella andan mezclados «sofismas disolventes, pero sinceros, citas históricas sin juicio y sin exactitud.... sentimentalismo filosófico á la francesa, arranques de poesía novelesca»¹.

Más importante es otra obra suya del mismo tiempo, que poseo yo, y que parece haberse ocultado á la diligencia de los anteriores biógrafos. Es una traducción completa del poema de Lucrecio *De rerum natura*, en versos sueltos, la única que existe en castellano. No parece original, sino copia de amanuense descuidado, aunque no del todo imperito. No tiene el nombre del traductor, pero sí sus cuatro iniciales *J. M. R. C.*, y al fin la fecha, 1791, sin prólogo, advertencia ni nota alguna. La versificación, dura y desigual, como en todas las poesías de Marchena, abunda en asonancias, cacofonías, prosaismos y asperezas de todo género; denuncia donde quiera la labor y la fatiga; pero en los trozos de mayor empeño se levanta el traductor con inspiración verdadera, y su fanatismo materialista le sostiene. En los trozos didácticos decae; á los pasajes mejor interpretados siguen otros casi intolerables por lo desaliñado del estilo y lo escabroso de la metrificacion. Marchena era consumado latinista, y por lo general entiende el texto á las mil maravillas; pero su gusto literario, siempre caprichoso é inseguro, lo parece mucho más en este primer

¹ El original autógrafa de este escrito de Marchena (17 páginas 4.º) existe en poder de don Luis Villanueva en Barcarotá (Extremadura). Lleva una nota autógrafa de D. Joaquín María Sotelo, durísima para Marchena.

ensayo. Así es, que entre versos armoniosos y bien contruidos, no titubea en intercalar otros que hieren y lastiman el oído más indulgente; repite hasta la saciedad determinadas palabras, en especial la de *naturaleza*, abusa de los adverbios en *mente*, anti-poéticos por su índole misma, y atiende siempre más á la fidelidad que á la elegancia. Véanse algunos trozos para muestra, así de los aciertos como de las caídas del traductor. Sea el primero la famosa invocación á Venus: *Aeneadum genitrix, diuim hominumque voluptas*.

Engendradora del romano pueblo,
Placer de hombres y Dioses, alma Venus,
Que bajo de la bóveda del cielo,
Por do giran los astros resbalando,
Pueblias el mar que surca nao velera,
Y las tierras fructíferas fecundas:
Por tí todo animal respira y vive:
De tí, Diosa, de tí los vientos huyen,
Ahuyentas con tu vista los nublados,
Te ofrece suaves flores vária tierra,
Las llanuras del mar contigo rien,
Y brilla en nueva luz el claro cielo.

Al punto que galana primavera
La faz descubre, y su fecundo aliento
Recobra ya Favonio desatado,
Primero las ligeras aves cantan
Tu bienvenida, oh Diosa, porque al punto
Con el amor sus pechos traspasaste:
En el momento, por alegres prados
Retozan los ganados encendidos,
Y atraviesan la férvida corriente.
Prendidos del hechizo de tus gracias
Mueren todos los séres por seguirte
Hácia do quieras, Diosa, conducirlos,
Y en las sierras adustas, y en los mares,
En medio de los rios caudalosos,
Y en medio de los campos que florecen,
Con blando amor tocando todo pecho,
Haces que las especies se propaguen.

Tampoco carece de frases y accidentes graciosos esta traducción de un lozanísimo pasaje del mismo libro primero:

¿Tal vez perecen las copiosas lluvias,
 Cuando las precipita el padre Éter
 En el regazo de la madre Tierra?
 No, pues hermosos frutos se levantan,
 Las ramas de los árboles verdean,
 Crecen y se desgajan con el fruto,
 Sustentan á los hombres y alimañas,
 De alegres niños pueblan las ciudades.....
 Y donde quiera, en los frondosos bosques
 Se oyen los cantos de las aves nuevas;
 Tienden las vacas de pacer cansadas
 Su ingente cuerpo por la verde alfombra,
 Y sale de sus ubres atestadas
 Copiosa y blanca leche: sus hijuclos,
 De pocas fuerzas, por la tierna hierba
 Lascivos juguetean, conmovidos
 Del placer de mamar la pura leche.

Ni falta vigor y robustez en esta descripción de la tormenta:

La fuerza enfurecida de los vientos
 Revuelve el mar, y las soberbias naves
 Sumerge, y desbarata los nublados;
 Con torbellino rápido corriendo
 Los campos á la vez, saca de cuajo
 Los corpulentos árboles; sacude
 Con soplo destructor los altos montes,
 El Ponto se enfurece con bramidos
 Y con murmullo aterrador se ensaña.
 Pues son los vientos cuerpos invisibles
 Que barren tierra, mar y el alto cielo,
 Y esparcen por el aire los destrozos:
 No de otro modo corren y arrebatan
 Que cuando un río de tranquilas aguas
 De improviso sus márgenes extiende,
 Enriquecido de copiosas lluvias
 Que de los montes á torrentes bajan,

Amontonando troncos y malezas:
 Ni los robustos puentes la avenida
 Resisten de las aguas impetuosas;
 En larga lluvia rebosando el río,
 Con ímpetu estrellándose en los diques,
 Con horroroso estruendo los arranca,
 Y revuelve en sus ondas los peñascos.....

Quizá en ninguno de sus trabajos poéticos mostró Marchena tanto desembarazo de dición como traduciendo al gran poeta epicúreo y naturalista. Parece como que se sentía en su casa y en terreno propio al reproducir las blasfemias del poeta gentil contra los Dioses, y los elogios de *aquel varón griego*,

De cuya boca la verdad salía,
 Y de cuyas divinas invenciones
 Se asombra el universo, y cuya gloria
 Triunfando de la muerte, se levanta
 A lo más encunbrado de los cielos.

(CANTO 6.º)

¡Oh tú, ornamento de la griega gente,
 Que encendiste el primero entre tinieblas
 La luz de la verdad!...
 Yo voy en pos de tí; y estampo ahora
 Mis huellas en las tuyas, ni codicio
 Ser tanto tu rival, como imitarte
 Ansío enamorado. ¿Por ventura,
 Entrará en desafío con los cisnes
 La golondrina, ó los temblantes chotos
 Volarán como el potro en la carrera?
 Tú eres el padre del saber eterno,
 Y del modo que liban las abejas
 En los bosques floríferos las mieles,
 Así también nosotros de tus libros
 Bebemos las verdades inmortales.....

(CANTO 3.º)

No era Marchena bastante poeta para hacer una traducción clásica de Lucrecio, pero estaba identificado con su pensamiento; era apa-

sionadísimo del autor y casi fanático de impiedad; y traduciendo á *su poeta*, le dá este fanatismo un calor insólito y una pompa y rotundidad que contrasta con la descolorida y lánguida elegancia de Marchetti y de Lagrange. Los buenos trozos de esta version son muy superiores á todo lo que despues hizo, si es que la vanidad de poseedor no me engaña.

Los sitios retirados del Piéris
 Recorro, por ninguna planta hollados:
 Me es gustoso llegar á íntegras fuentes
 Y agotarlas del todo, y me deleita,
 Cortando nuevas flores, coronarme
 Las sienes con guirnalda brilladora,
 Con que no hayan ceñido la cabeza
 De vate alguno las perennes Musas,
 Primero porque enseñó cosas grandes
 Y trato de romper los fuertes nudos
 De la supersticion agobiadora,
 Y hablo en verso tan dulce, á la manera
 Que cuando intenta el médico á los niños
 Dar el ajeno ingrato, se prepara
 Untándoles los bordes de la copa
 Con dulce y pura miel....¹

Marchena saludó con júbilo la sangrienta aurora de la revolucion francesa, y si hemos de fiarnos de oscuras tradiciones, quiso romper á viva fuerza los lazos de la *supersticion agobiadora*, y entró con otros mozalbetes intonso y con algun extranjero de baja ralea en una descabellada tentativa de conspiracion republicana, que abortó por de contado, dispersándose los modernos Brutos, y cayendo uno de ellos, llamado Picornell, en las garras de la policia. Marchena, que era de los más comprometidos en aquella absurda intentona, y que además tenia cuentas pendientes con la Inquisicion, se refugió en Gibraltar y desde allí pasó á Francia.

La facilidad extraordinaria que poseia para hablar y escribir lenguas extrañas, el ardor de sus ideas políticas, que llegaban entonces

¹ El manuscrito de mi biblioteca (único que conozco), me fué regalado por mi amigo don Damian Menendez Rayon. Por si alguna vez llega á publicarse, he hecho en él numerosas correcciones, con intento de remediar los lunares de estilo y versificacion, tan abundantes en el trabajo de Marchena.

á la demagogia más feroz, sus terribles condiciones de polemista acre y desgrefinado, y la exaltacion de su cabeza, le dieron muy pronto á conocer en las sociedades patrióticas, y especialmente en el club de los jacobinos. Marat se fijó en él, y le asoció á la redaccion de su furibundo periódico *L'ami du peuple*. Allí Marchena escribió horrores, pero como en medio de todo conservaba cierta candidez política y cierto buen gusto, y los crímenes á sangre fria le repugnaban extraordinariamente, comenzó á disgustarse del atroz personaje con quien su mala suerte le habia enlazado, y de la monstruosa y diaria sed de sangre que aquejaba á aquel energúmeno. Al poco tiempo le abandonó del todo, y aconsejado por Brissot, se pasó al bando de los girondinos, cuyas vicisitudes, prisiones y destierros, compartió con noble y estoica entereza.

Sobre este interesantísimo período de la vida de Marchena derraman mucha luz las *Memorias* de su amigo y compañero de cautividad el marsellés Riouffe¹. De ellas resulta que Marchena fué preso en Burdeos el mismo dia que Riouffe, es á saber, el 4 de Octubre de 1793, conducido con él á París, y encerrado en los calabozos de la Consergeria. Riouffe le llama á secas el *español*, pero Mr. Thiers nos descubre su nombre, al contarnos la fuga de los girondinos por el Mediodía de Francia: «Barbaroux, Pétion, Salles, Louvet (el autor del *Faublas*), Meilhan, Guadet, Kervelégan, Gorsas, Girey-Dupré, Marchena, jóven español que habia ido á buscar la libertad á Francia, Riouffe, jóven que por entusiasmo se habia unido á los girondinos, formaban este escuadron de ilustres fugitivos, perseguidos como traidores á la libertad»².

Despues de la prision, Riouffe es más explícito. «Me habian encarcelado (dice) juntamente con un español, que habia venido á buscar la libertad á Francia, bajo la garantia de la fé nacional. Perseguido por la inquisicion religiosa de su país, habia caido en Francia, en manos de la inquisicion política de los comités revolucionarios. No he conocido un alma más verdadera y más enérgicamente enamorada de la libertad ni más digna de gozar de ella. Fué su destino ser perseguido por la causa de la república y amarla cada vez más. Contar mis desgracias es contar las suyas. Nuestra persecucion tenia las mismas causas; los mismos horros nos habian encadenado; en

¹ Le llamo marsellés, porque de Marsella eran sus padres, aunque él nació casualmente en Roma. El título de su libro, muy utilizado por todos los historiadores de la época del Terror, es *Mémoires d'un déteuu pour servir á l'histoire de la tyrannie de Robespierre*. Latout le ha extractado en lo concerniente á Marchena.

² *Historia de la revolucion francesa*, cap. XXIV

las mismas prisiones nos encerraron, y un mismo golpe debía acabar nuestras vidas....»

El calabozo donde fueron encerrados Riouffe, Marchena y otros girondinos, tenía sobre la puerta el núm. 13. Allí escribían, discutían, y se solazaban con farsas de pésima ley. Todos ellos eran ateos, *muy crudos, muy verdes*, y para inútil diversion suya vivía con ellos un pobre benedictino, santo y pacientísimo varón, á quien se complacían en atormentar de mil exquisitas maneras. Cuando le robaban su breviario, cuándo le apagaban la luz, cuándo interrumpían sus devotas oraciones con el estribillo de alguna canción obscena. Todo lo llevaba con resignación el infeliz monje, ofreciendo á Dios aquellas tribulaciones, sin perder nunca la esperanza de convertir á alguno de aquellos desalmados. Ellos, para contestar á sus sermones y argumentos, imaginaron levantar altar contra altar, fundando un nuevo culto con himnos, fiestas y música. Al flamante é irrisorio dios le llamaron *Ibrascha*, y Riouffe redactó el símbolo de la nueva secta que se parecía mucho al de los *theophilántropos*. Y es lo más peregrino no que llegó á tomarla casi por lo sério, y todavía, cuando muchos años después redactaba sus Memorias, no quiso privar á la posteridad del fruto de aquellas lucubraciones y las insertó á la larga, diciendo que «aquella religión (j) valía tanto como cualquiera otra, y que sólo parecería pueril á espíritus superficiales».

Las ceremonias del nuevo culto comenzaron con grande estrépito: entonaban á media noche un coro los adoradores de *Ibrascha*, y el pobre monje quería superar su voz con el *de profundis*; pero débil y achacoso él, fácilmente se sobreponía á sus cánticos el estruendo de aquella turba desaforada. A ratos quería derribar la puerta del improvisado santuario, y ellos le vociferaban: «¡Sacrílego, espíritu fuerte, incrédulo!»

En medio de esta impía mascarada adoleció gravemente Marchena, tanto que en pocos días llegó á peligro de muerte. Apuraba el benedictino sus esfuerzos para convertirle, pero él á todas sus cristianas exhortaciones respondía con el grito de: «¡Viva *Ibrascha*! Y, sin embargo, en la misma cárcel, teatro de estas pesadísimas bromas con la eternidad y con la muerte, leía asiduamente Marchena la *Guía de Pecadores*, de Fr. Luis de Granada. ¿Era todo entusiasmo por la belleza literaria? ¿Era alguna reliquia del espíritu tradicional de la vieja España? Algo había de todo, y quizá lo aclaren estas palabras del mismo Marchena al librero Faulí en Valencia el año 1813; «¡Vé Vd. este volúmen, que por lo ajado muestra haber sido tan-

manoseado y leído como los breviarios viejos en que rezan diariamente nuestros clérigos? Pues está así porque hace veinte años que le llevo conmigo, sin que se pase día en que deje de leer en él alguna página. Él me acompañó en mi precipitada fuga con los girondinos; él vino conmigo á las orillas del Rhin, á las montañas de Suiza, á todas partes. Me pasa con este libro una cosa que apenas sé explicarme. Ni lo puedo leer, ni lo puedo dejar de leer. No lo puedo leer porque convence mi entendimiento y mueve mi voluntad de tal suerte, que, mientras le estoy leyendo, me parece que soy tan cristiano como Vd. y como las monjas, y como los misioneros que van á morir por la fé católica á la China ó al Japon. No lo puedo dejar de leer, porque no conozco en nuestro idioma libro más admirable»¹.

El hecho será todo lo extraño que se quiera, pero su explicación ha de buscarse en las eternas contradicciones y en los insondables abismos del alma humana, y no en el pueril recurso de decir que el abate gustaba sólo en Fr. Luis de la pureza de lengua. No cabe en lo humano encariñarse hasta tal punto con un escritor, cuyas ideas totalmente se rechazan. No hay materia sin alma que la informe; ni nadie, á no estar loco, se enamora de palabras vacías, sin paramientos en el contenido.

Pero tornemos á Marchena y á sus compañeros de prision. Todos fueron subiendo, unos después de otros, al caldoso: sólo Marchena salió incólume de la general proscripción de los girondinos, y eso que, sintiéndose ofendido por el perdón, había escrito á Robespierre aquellas extraordinarias provocaciones, algo teatrales á la verdad, aunque el valor moral del autor las explique y defienda. «Tirano, me has olvidado». «Ó máteme, ó dame de comer, tirano». Hay en todos estos apotegmas y frases sentenciosas del tiempo de la revolución algo de *laconismo* y de estoicismo de colegio, un infantil empeño de remedar á Leónidas y al rey Agis, á Trasíbulo, y á Timoleon y Tráscas, que echa á perder toda la gracia, hasta en las situaciones más solemnes. Plagiar, al tiempo de morir, palabras de Bruto, es lo más desdichado y anti-estético que puede entrar en cabeza de retórico, y nadie contendrá la risa aunque la autora del plagio sea la mismísima Mad. Roland. Yo no llamaré, como Latour, *sublimes insolencias* á las de Marchena, porque toda afectación, áun la de valor, es mala y viciosa. La muerte se afronta y se sufre honradamente

¹ Así lo oyó el Sr. Bono Serrano de boca del mismo Faulí en 1827, y así lo oyeron otros muchos de boca de D. Juan Nicasio Gallego.

cuando viene: no se provoca con carteles de desafío ni con botaratas de estudiante. Así murieron los grandes antiguos, aunque no mueran así los antiguos de teatro.

Pero los tiempos eran de retórica, y á Robespierre le encantó la audacia de Marchena. Es más: quiso atraer y comprar su pluma, á lo cual Marchena se negó con altivez nobilísima, siguiendo en la Conserjería, siempre bajo el amago de la cuchilla revolucionaria, hasta que vino á restituirle la libertad la caída y muerte de Robespierre en 9 de Thermidor (27 de Julio de 1794).

La fortuna pareció sonreírle entonces. Le dieron un puesto en el *Comité de Salvación Pública*, y empezó á redactar con Poulthier un periódico que llamó *El Amigo de las leyes*. Pero los thermidorianos vencedores se dividieron al poco tiempo, y Marchena, cuyo perpétuo destino fué afiliarse á toda causa perdida, se declaró furibundo enemigo de Tallien, Legendre y Fréron; escribió contra ellos venenosos folletos, perdió su empleo, se vió otra vez perseguido y obligado á ocultarse, sentó, como en sus mocedades, plaza de conspirador, y fué denunciado y proscrito, en 1795, como uno de los agitadores de las secciones del pueblo de París en la jornada de 5 de Octubre contra la Convención¹.

Pasó aquella borrasca, pero no se aquietó el ánimo de Marchena: al contrario, en 1797 le vemos haciendo crudísima oposición al Directorio, que para deshacerse de él no halló medio mejor que aplicarle la ley de 21 de Floreal contra los extranjeros sospechosos, y arrojarse del territorio de la República. Conducido por gente armada hasta la frontera de Suiza, fué su primer pensamiento refugiarse en la casa de campo que tenía en Coppet su antigua amiga Mad. de Stael, cuyos salones, ó los de su madre Mad. Necker, había frecuentado él en París. Pero *Corina* no quería comprometerse con el Directorio, ó no gustaba de la insufrible mordacidad y cinismo nada culto de Marchena, á quien Chateaubriand (que le conoció en aquella casa) define en sus *Memorias* con dos rasgos indelebiles: «sábido inundo y abortivo de talento». Lo cierto es que la castellana de Coppet dió hospitalidad á Marchena, pero con escasas muestras de cordialidad, y que á los pocos días riñeron del todo, vengándose Marchena de *Corina* con espantosas murmuraciones.

Decidido á volver á Francia, entabló reclamación ante el Consejo de los Quinientos para que se le reconocieran los derechos de ciuda-

¹ De todo esto hay datos en la *Biographie Universelle* de Michaud, y en una nota de D. Sebastian Miñano á su traducción de la *Historia de la revolución francesa* de Thiers.

dano francés, y mudándose los tiempos según la vertiginosa rapidez que entonces llevaban las cosas, logró, no sólo lo que pedía, sino un nombramiento de oficial de estado mayor en el ejército del Rhin, que mandaba entonces el general Moreau, famoso por su valor y por sus rigores disciplinarios.

Agregado Marchena á la oficina de contribuciones del ejército en 1801, mostró desde luego aventajadísimas dotes de administrador militar, laborioso é íntegro, porque su entendimiento rápido y flexible le daba recursos y habilidad para todo. Quiso Moreau en una ocasión tener la estadística de una region no muy conocida de Alemania, y Marchena aprendió en poco tiempo el alemán, leyó cuanto se había escrito sobre aquella comarca, y redactó la estadística que el general pedía, con el mismo aplomo que hubiera podido hacerlo un geógrafo del país.

Pero no bastaban la topografía ni la geodesia á llenar aquel espíritu curioso, ávido de novedades y esencialmente literario: por eso en los cuarteles de invierno del ejército del Rhin volvía sin querer los ojos á aquellos dulces estudios clásicos, que habían sido encanto de las serenas horas de su juventud en Sevilla. Entonces forjó su célebre fragmento de Petronio, fraude ingenioso, y cuya fama dura aún entre muchos que jamás le han leído. Los biógrafos de Marchena han tenido muy oscuras é inexactas noticias de él. Unos han supuesto que estaba en verso: otros han referido la vulgar anecdota de que, habiendo compuesto Marchena una canción harta alegre en lengua francesa, y reprendiéndole por ella su general Moreau, se disculpó con decir que era traducción de un fragmento inédito de Petronio, cuyo texto latino inventó aquella misma noche, y se le presentó al día siguiente, cayendo todos en el lazo.

Pero todo esto es inexacto y hasta imposible, porque el fragmento no está en verso, ni tiene nada de lírico, ni ha podido ser nunca materia de una canción, sino que es un trozo narrativo, compuesto *ad hoc* para llenar una de las lagunas del *Satyricon*, de tal suerte, que apenas se comprendería si le desligásemos del cuadro de la novela en que entra. Sabido es que la extraña novela de Petronio, *auctor purissimae impuritatis*, monumento precioso para la historia de las costumbres del primer siglo del Imperio, ha llegado á nosotros en un estado deplorable, llena de vacíos y truncamientos, en que quizá haya desaparecido lo más precioso, aunque haya quedado lo más obscuro. El deseo de completar tan curiosa leyenda ha provocado supercherías y errores de todo género, entre ellos aquel que con tanta

gracia refiere Voltaire en su *Diccionario filosófico*. Leyó un humanista alemán en un libro de otro italiano no ménos sábio: «*Habemus hic Petronium integrum, quem saepe meis oculis vidi, non sine admiratione*». El alemán no entendió sino ponerse inmediatamente en camino para Bolonia, donde se decía que estaba el Petronio entero. ¡Cuál sería su asombro cuando se encontró en la iglesia mayor con el cuerpo integro de San Petronio, patrono de aquella religiosa ciudad!

Lo cierto es que la bibliografía *petroniana* es una *serie de fraudes honestos*. Cuando en 1662 apareció en Trau de Dalmacia el insigne fragmento de la *cena de Trimalción*, que casi duplicaba el volumen del libro, no faltó un falsario llamado Nodot que, aprovechándose del ruido producido en la Europa literaria por aquel hallazgo, fingiese haber encontrado en Belgrado (*Alba-Græca*) el año 1688 un nuevo ejemplar de Petronio, en que todas las lagunas estaban colmadas. A nadie engañó tan mal hilada invención, porque los fragmentos de Nodot están en muy mediano latín y abundan de groseros galicismos, como lo pusieron de manifiesto Leibnitz, Crammer, Perizonio, Ricardo Bentley y otros muchos cultivadores de la antigüedad; pero como quiera que los suplementos de Nodot, á falta de otro mérito, tienen el de dar claridad y orden al mutilado relato de Petronio, siguen admitiéndose tradicionalmente en las mejores ediciones.

Marchena fué más afortunado, por lo mismo que su fragmento es muy breve, y que puso en él los cinco sentidos, bebiendo los alientos al autor con aquella portentosa facilidad que él tenía para remedar estilos ajenos. Toda la malicia discreta y la elegancia un poco reclamada de Petronio, atildadísimo cuentista de decadencia, han pasado á este trozo, que debe incorporarse en la descripción de la monstruosa zambra nocturna, de que son actores Giton, Quartilla, Pannychis y Embasicóbetas. Claro que un trozo de esta especie, en que el autor no ha emulado sólo la pura latinidad de Petronio, sino también su desverguenza inaudita, no puede trasladarse en parte alguna ni ménos en obra de asunto tan grave como la presente: con todo eso, y á título de curiosidad filológica, pongo en nota algunas líneas que no tienen peligro, y que bastan á dar idea de la *manera* del abate andaluz en este singular ensayo ¹.

¹ Vid. *Fragmentum Petronii, ex bibliothecae S. Galli antiquissimo ms. excerptum, nunc primum in lucem editum, gallice veritè ac notis perpetuis illustravit Lallemandus, Sacrae Theologiae doctor*. (Toda esta portada es burlesca, como se ve: la edición se hizo en Basilea, en 1802; es hoy rarísima, y apenas hay biblioteca pública que la posea.) Ha sido reimpressa el año 1865 en Bruselas, con la falsa data de Soleure, precedida de una introducción biográfica, escrita por el

El éxito de esta *facecia* fué completísimo. Marchena la publicó con una dedicatoria jocosa al ejército del Rhin, y con cinco notas de erudición picaresca, que pasan, lo mismo que el texto, los límites de todo razonable desenfado. Así y todo, muchos sábios cayeron en el lazo: un profesor alemán *demostró* en la *Gaceta literaria universal de Jena* la autenticidad de aquel fragmento: el Gobierno de la Confederación Helvética mandó practicar investigaciones oficiales en busca del códice del monasterio de San Gall, donde Marchena declaraba haber hecho el descubrimiento. ¡Cuál sería la sorpresa y el desencanto de todos, cuando Marchena declaró en los papeles periódicos ser el único autor de aquel bromazo literario! Y cuentan que hubo sábio del Norte que ni áun así consintió en desengañarse.

En las notas quiso alardear Marchena de poeta francés, como en el texto se habia mostrado ingenioso prosista latino. Su traducción de la famosa oda ó fragmento segundo de Safo, tan mal traducida y tan desfigurada por Boileau, no es ciertamente un modelo de gusto, y adolece de la palabrería á que inevitablemente arrastran los alexandrinos franceses; pero tiene rasgos vehementísimos y frases ardorosas y enérgicas, que se acercan al original griego (ó á lo ménos á la traducción de Catulo) más que la tibia elegancia de Boileau, de Philips ó de Luzan:

A peine je te vois, à peine je t'entends,

bibliófilo Jacob (Paul Lacroix). La tirada fué cortísima y sólo para aficionados (112 ejemplares y 20 más en papel superior). Es un cuaderno de VIII-53 págs.

El fragmento sin las notas puede leerse en uno de los apéndices del *Catulo* de Noel (año XI, 1803, págs. 344), y, traducido al francés, figura también en el *Petronio* de Nisard, donde es lástima que falte el texto latino. Véase alguna muestra de él:

«*Hæc dum sunt, ingenti sono fores repente perstripeant, omnibusque quid tam inopinus sonitus esse mirantibus, militem, ex excubiis nocturnis unum, districto gladio, adolescentulorumque turba stipulam, conspicimus. Trucibus ille oculis ac Thrasoneo gestu omnia circumspectabat: tandem Quartillam intuens: Quis est (inquit) mulier impudentissima? Falsis me pollicitationibus ludis, Quartillam intuens: Quis est (inquit) mulier impudentissima? Falsis me pollicitationibus ludis, nocteque promissa fraudas? At non impune feres, tuque amatorque iste laus me esse hominem intelligitis. Tunc vero anus illa ipsa, quae dudum me domicilium quærentem luserat, velut ex caelo demissa, miseræ Pannychidi auxilio fuit. Magnis illa clamoribus domum intrat, vicum peccolare praedones autumat; frustra civis Quiritium, fidem implorare, nec vigillum excubias, aut somno sopitas, aut comensationibus intentas praesto esse. Hic miles graviter commotus, praecipitater se ex Quartillæ domo abtulit. Siento no poder transcribir lo más característico de este relato.*

«*omnes mètu, liberarunt. Siento no poder transcribir lo más característico de este relato.*

Noel (que, como queda dicho, le copia entero y le otorgó mucho) llama á Marchena *español notable por la prodigiosa variedad de sus conocimientos*.

A propósito de la segunda oda de Safo (de que hay en castellano cinco ó seis traducciones, entre ellas una mía), recordará que nuestro insigne comentarista Aquiles Stacio completó la versión latina de *Catulo* con la siguiente estrofa, no digna ciertamente de caer en olvido:

Sadur il late gelidus tremanti
Artibus totis, violamque vincit
Insidens pallor, mortiens nec curas
Ducere possunt.